

Notas varias

1988: UN AÑO DE CONGRESOS

PARA LOS HISTORIADORES, 1988 ha sido notablemente pródigo en reuniones, congresos, jornadas y seminarios de distinto tipo. Es imposible reseñarlos individualmente, pero sí se puede intentar una mirada de conjunto e inquirir, a la luz de estos congresos y jornadas, qué está pasando de nuevo en nuestra profesión. Elegiremos para ello cinco de esas reuniones que, por diversos motivos, parecen significativas.

A fines de 1987, entre el 26 y el 29 de octubre, la Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) organizó el *VIII Simposio Internacional de Historia Económica*. En esta primera ocasión en que la reunión se celebró en Buenos Aires, actuó como coorganizador el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana, del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (PEHESA-CI-SEA). La reunión, que se desarrolló en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) tuvo como tema los orígenes de la industrialización en América Latina. Se invitó a participar a especialistas de varios países de la región, y se presentaron unos veintisiete trabajos, referidos al origen y evolución del sector industrial, empresarios, empresas y capitales, fuerza de trabajo y mercado laboral. El simposio, al que asistió un público especializado, directamente interesado en la discusión de estos temas, permitió conocer lo que se está realizando en todo el continente sobre una problemática en la que muchos especialistas están trabajando.

La Universidad de Buenos Aires organizó las *Jornadas de Homenaje a José Luis Romero*, que se desarrollaron entre el 4 y el 8 de abril de 1988 en el Centro Cultural General San Martín. Fue su propósito recordar a ese destacado intelectual —de cuya muerte se habían cumplido diez años— no solo en su carácter de historiador, sino de universitario, ciudadano y maestro. La ocasión permitió celebrar un encuentro que, trascendiendo lo estrictamente académico, se convirtió en un verdadero acontecimiento cultural, tanto por la calidad de los participantes, como por el interés que despertó.

Se organizaron siete paneles y mesas redondas: “Sociedad y política en América Latina en los siglos XIX y XX”; “Historia de la planificación urbana”, “Historia económica”, “Historia de las ideas”, “Historia medieval”, “José Luis Romero y la Universidad” y “José Luis Romero y su época”, que coordinaron respectivamente Alberto Pla y Juan Carlos Grosso, Jorge Enrique Hardoy, Enrique Tandeter, Hilda Sabato, Nilda Guglielmi y Carlos Astarita, Norberto Rodríguez Bustamante y José Carlos Chiaramonte.

Junto a algunos de los más destacados especialistas argentinos, residentes en el país y fuera de él, como Tulio Halperin Donghi, se invitó a numerosos extranjeros, como John Lynch, David Brading, Malcom Deas y Simón Collier; Michel Morineau, Maurice Aymard, Jacques Gilhaumou, Gui Bois y Alain Guerra; Richard Morse y Richard Sutch; Miguel Izard, Julio Valdeón y José García de Cortazar; Marcelo Carmagnani y Ruggiero Romano; Leopoldo Zea, Hira de Gortari, Armando de Ramón, Blanca París y Juan Antonio Oddone. Esta enumeración parcial —y probablemente injusta, pues el total de los ponentes y comentaristas superó el medio centenar— solo pretende ejemplificar el elevado nivel académico de la reunión. Tan singular fue este evento por sus participantes como por los asistentes: una multitud de estudiantes, jóvenes investigadores, investigadores formados y público en general, que en ciertos momentos superaron el millar, atraídos en parte por este verdadero acontecimiento historiográfico y en parte por el deseo de revivir una tradición historiográfica que el nombre de José Luis Romero representa.

El Comité Argentino del Comité Internacional de Ciencias Históricas organizó en Paraná, el 18 y 19 de agosto pasado, sus *Segundas Jornadas* dedicadas al balance de la producción historiográfica argentina en los últimos treinta años. El propósito era preparar de ese modo un volumen que sería presentado en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas, a celebrarse en España en 1990. Coordinados por Nikla Guglielmi, se organizaron paneles sobre diferentes aspectos de la historia argentina —política, social, económica, demográfica, regional, institucional, de las ideas, del arte— y sobre historia colonial, europea medieval, moderna y contemporánea. En cada uno de los numerosos paneles, distintos ponentes prepararon trabajos sectoriales, de modo que en total hubo más de cincuenta ponencias. En la reunión estuvieron presentes representantes de todas las tendencias, corrientes y escuelas de nuestra historiografía, y aunque no pueda afirmarse que en esos días hubiera un real intercambio de ideas o siquiera que el diálogo haya sido abundante, al menos hubo una convivencia respetuosa y una aceptación implícita de la importancia del pluralismo, que nadie consideró disolvente. La reunión fue así menos satisfactoria por las discusiones que por la producción de un *corpus* de trabajos que, aunque desparejo en cuanto a sus alcances y originalidad, seguramente habrá de ser significativo.

La Asociación Argentina de Historia Económica organizó entre el 20 y el 22 de octubre, las *IX Jornadas Nacionales de Historia Económica*, esta vez en conjunto con la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. La asociación viene realizando estas reuniones desde 1979, conjuntamente con distintas universidades nacionales. Se presentaron aquí unos cincuenta trabajos, agrupados en cuatro mesas simultáneas, sobre temas muy diversos de historia económica, de orientaciones y méritos disímiles, los que fueron subrayados en cada caso por un comentarista. Los asistentes —un público numeroso, en el que predominaron los estudiantes— pudieron optar también por alguna de las siete conferencias o mesas redondas ofrecidas por los organizadores.

Finalmente, entre el 26 y el 28 de octubre se celebraron en La Plata (en su Facultad de Humanidades) las *Primeras Jornadas inter Escuelas/Departamen-*

tos de Historia. Fueron sus promotores un conjunto de Departamentos de Historia, que vienen realizando distintas actividades comunes de promoción de la docencia e investigación. Se presentaron unos ciento veinte trabajos, que el Comité de Admisión (instancia que desgraciadamente es poco frecuente en nuestras reuniones académicas) limitó a algo más de noventa, y que se agruparon en mesas sobre historia económica, social, política y de las ideas. Como en el caso anterior, hubo un comentarista designado para cada trabajo. Pese a que la temática de los mismos fue muy variada, muchos de ellos se concentraron alrededor de algunos temas: sectores populares y movimiento obrero, inmigrantes y participación política, partidos e ideas políticas (con especial énfasis en los tres casos en el período 1880-1930), historia colonial y etnohistoria, o historia económica regional.

Predominaron entre los presentes, jóvenes investigadores provenientes de la mayoría de las universidades del país, en muchos casos beneficiarios recientes de becas o subsidios del CONICET o de sus universidades. Hubo algunos trabajos excelentes, muchos muy buenos, y el nivel medio fue estimulante satisfactorio. También lo fue el inicio de algunas discusiones que, aunque no pudieron desarrollarse por la índole de la reunión, prometen un interesante debate académico. El público fue numeroso y además de los estudiantes locales, hubo contingentes provenientes de diferentes universidades del país, que aprovecharon para reunirse y discutir temas comunes: en lo atinente al congreso, celebraron la iniciativa —que en cierta medida llenaba un vacío en la vida académica—, discutieron la orientación de algunos trabajos y reclamaron mayor participación en futuras ocasiones.

Hemos reseñado cinco reuniones de carácter diferente. La primera es un seminario de especialistas, similar al que se hace normalmente en todo el mundo pero que, en la Argentina, aunque es común en otras disciplinas sociales, no es habitual entre los historiadores. La segunda, en cambio, es un evento excepcional por su forma y propósitos, que sirvió para exponer en nuestro país, respecto de un grupo de temas, el estado actual de la discusión en el mundo. La tercera, realizada en Paraná, fue también una exposición del “estado del arte” en nuestra historiografía, que evidenció la desigualdad de niveles, la falta de acuerdos acerca de lo que es el “arte” y las dificultades para encontrar un lenguaje común. La cuarta y quinta fueron dos congresos de investigación, similares en su forma a los que se venían realizando desde hace unos diez años; en uno, el de Buenos Aires, parte de lo bueno y lo nuevo que se hace hoy en materia de historia coexistió con mucho de lo tradicional (que también abunda en un campo supuestamente renovado como la historia económica). En otro, el de La Plata, también hubo de ambas cosas (quizás el Comité de Admisión podría haber sido un poco más riguroso aun), pero la proporción fue inversa.

Si alguna conclusión puede sacarse de esta recorrida por cinco de los diversos congresos y jornadas llevados, esta tiene que ver con la reconstrucción que se está operando en el campo de la investigación, particularmente por la renovación universitaria y la constitución en sus departamentos e institutos de

algunos núcleos muy sólidos, que se agregan a los ya existentes fuera de las universidades, también, con las dificultades que esa reconstrucción implica.

Las deficiencias, muy graves, que podían observarse en diciembre de 1983, no tenían que ver tanto con la falta de apoyo institucional (el CONICET, por ejemplo, había incrementado significativamente su apoyo a la investigación histórica) cuanto con los criterios con que ese apoyo se administraba. Había, en efecto, una suerte de selección al revés, unida a una clara discriminación (tan perfecta que ni siquiera tenía que ser ejercida). Había, sobre todo, una falta de criterios académicos aceptables y un imperio generalizado de las formas más tradicionales o perimidas de la práctica del oficio. Tal el caso que ha sido recientemente señalado por Tulio Halperin Donghi, de la mayoría de los trabajos que solían presentarse en los congresos organizados por la Academia Nacional de la Historia o por la propia Asociación de Historia Económica.

Esta situación tardó en modificarse. Desde 1984, y a partir de la renovación universitaria, coexistieron lo viejo y lo nuevo, o más exactamente lo que por entonces podía reaparecer en ámbitos públicos, después de una larga estancia en circuitos marginales. Había muchos practicantes de la historia, y sobre todo muchos que empezaban a incorporarse, pero faltaba un ámbito común, un lenguaje único, un sistema de criterios y valores integrados: en suma, un campo unificado de la investigación histórica. Las Jornadas de Historia Económica, organizadas sucesivamente con dos de los departamentos de Historia que más se habían renovado, los de las universidades de Rosario y Tandil, mostraron en 1985 y 1986 la complejidad de esa coexistencia.

Desde 1984 comenzó a producirse, como es sabido, una transformación sustancial de esta situación. Buenos investigadores se incorporaron a las universidades y comenzaron a formar equipos que, en algunos lugares, ya se destacan por su consistencia. En buena medida esto se vio facilitado por la vigorosa política de apoyo a la investigación histórica por parte de las instituciones oficiales, tanto a través de las becas ofrecidas por el CONICET, como era tradicional, o las universidades (cosa más novedosa) cuanto por la proliferación de los subsidios a la investigación.

Pero más importante ha sido el cambio de los criterios en la administración de los recursos. No se trató, ciertamente, de la imposición de ninguna ortodoxia, línea o escuela (cosas por otra parte casi ausentes hoy por hoy en el mundo) sino simplemente de la exigencia de algunos recaudos científicos mínimos: en primer lugar la actualización, el conocimiento de lo que suele llamarse el "estado del arte"; luego, una mínima reflexión teórica y metodológica como orientación del trabajo, y finalmente el requisito del planteo de preguntas o la formulación de hipótesis, o dicho de otro modo, la idea de que un trabajo histórico no consiste centralmente en un relato o una descripción sino en la respuesta a una pregunta o a un conjunto de ellas.

Esto es ciertamente una trivialidad, pero asombrosamente para quien no conozca nuestro medio, era una revolución. Se trataba de pasar de 1930 (o quizás de 1890) a 1980 (o al menos a 1960). Salir de Bernheim o Croce, no suponer que Bloch o Febvre seguían siendo la vanguardia, y enterarse de cómo se hacía Historia en el mundo, cosa relativamente fácil para quien mirara simplemente la

abundante producción traducida al castellano u hojeara las revistas científicas, pero que parecía totalmente alejada del horizonte de la mayoría de los becarios o investigadores del CONICET o las universidades. En ese sentido, tanto el seminario de CLACSO como las *Jornadas de Homenaje a José Luis Romero* significaron la intención de volver a colocar al país en el circuito académico internacional, y de traer aquí no solo los últimos debates historiográficos del mundo sino la forma misma de debatir en términos académicos.

Los efectos de esta intensificación del apoyo y de esta actualización de los criterios no se hicieron sentir tanto en la presencia de trabajos de investigadores formados. Es llamativo el reducido número de ellos que presentó trabajos en los últimos congresos (en los que sin embargo participaron como comentaristas), en parte quizá por encontrarse absorbidos en las múltiples tareas de reconstrucción del campo de la investigación, que incluía la organización misma de esos congresos. Los efectos más notorios tienen que ver con un ensanchamiento en la base de la investigación, con la aparición de un número importante de jóvenes investigadores que, mejor o peor, marchan por el buen camino. Cincuenta trabajos en Ciencias Económicas, noventa en La Plata, un número igualmente elevado en otras reuniones llevadas a cabo, son indicativos de este ensanchamiento, que garantiza en años futuros, cuando estas buenas intenciones terminen de madurar y se hayan producido las naturales decantaciones, una elevación del nivel medio de calidad.

Sería difícil afirmar que esta nueva producción es de calidad pareja: en muchos casos se trata de los primeros productos que grupos de investigación que se están formando, y en los que el logro principal es, por ahora, su misma formación: no creo que pueda afirmarse que estos dos congresos se hayan destacado por un aporte masivo de conocimientos novedosos y originales. Tampoco podría decirse que esta nueva producción se nuclea en temáticas comunes, en cuyo esclarecimiento se registren avances sustanciales. Si la formación de los nuevos equipos, particularmente en las universidades, ha sido la tarea prioritaria de estos años, no se ha desarrollado aún, salvo en algunos casos específicos, la discusión acerca de cuáles son los temas significativos (lo que no es demasiado grave, dada la orfandad de nuestra historiografía). Los temas frecuentados son diversos: historia colonial y etnohistoria, inmigración y colectividades, participación política, sectores populares y movimiento obrero, relaciones internacionales, problemas políticos de los últimos treinta años, integran una lista naturalmente incompleta.

¿Por qué puede hablarse de una cierta unidad dentro de este conjunto de trabajos e historiadores? Quizá pueda decirse que los une la preocupación por un trabajo que se ajuste a ciertos estándares de calidad y profesionalidad vigentes en la comunidad de los historiadores. Solo que esta caracterización dista de ser trivial y obvia: ¿de cuál comunidad se trata?

Nuestra comunidad de historiadores sigue siendo particularmente heterogénea y diversa, como se manifestó en las jornadas de Paraná, y en cierta medida también en las de Ciencias Económicas. Pese a que en ninguna de las dos se convocó a todo el sector de la parahistoria —los coleccionistas eruditos, los amables divulgadores, los que hacen de la historia un instrumento más de la po-

lítica—, de todos modos la heterogeneidad es manifiesta; en Paraná fue posible advertir, expuestas casi como capas geológicas, la diversidad de tradiciones historiográficas, de orientaciones, de enfoques, que existen en nuestro país. Cabe preguntarse si eso conforma una comunidad académica que sirva como referencia única, que suministre patrones de calidad, como aparentemente sucede con las ciencias físicas o biológicas. ¿Es posible que entre maneras tan diferentes de entender la Historia llegue a producirse una circulación de discursos, un intercambio de ideas? Ojalá así sea, aunque es difícil saberlo. Se debe celebrar que haya sido posible una convivencia educada, pero también se debe cobrar conciencia del lugar específico y acotado que ocupa en nuestro país la producción historiográfica que aspira a regirse por las pautas de calidad vigentes en el mundo.

¿Cómo se identifican a sí mismos estos historiadores? Quizá por exclusión. Quizá por la referencia a las reglas de la disciplina que imperan en la comunidad académica internacional (referencia necesaria dado que la nuestra no es enteramente compatible con aquella). Quizá por la identificación con una cierta tradición local, y la voluntad de recuperarla y desarrollarla. Esto creo que ha sido evidente para quienes asistieron a las *Jornadas Romero*. Además del deseo de ver de cerca a muchas celebridades, o de asistir a un debate académico al que no estamos acostumbrados, había en muchos la voluntad de vincularse con una tradición que se adivinaba mejor y que, por culpa de nuestra tormentosa historia, comenzó a interrumpirse en 1966, en la que el nombre de José Luis Romero (debería agregarse el de Ceferino Garzón Maceda) aparece naturalmente asociado con los de Tulio Halperin Donghi, Alberto Pla, Reyna Pastor, y también Gregorio Weinberg, Sergio Bagú, Aníbal Arcondo, Carlos Sempat Assadourian, Haydée Gorostegui, José Carlos Chiaramonte, Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde (nuevamente, las omisiones son inevitables) para completar la lista de nuestra generación mayor. No me atrevo a decir que todos ellos tengan hoy algo en común, salvo quizá la militancia de la mayoría en la ya histórica Asociación de Historia Económica y Social de los años sesenta, pero sí que en conjunto constituyen una referencia para aquellos que integraron el público de las jornadas, muy numeroso y a la vez muy específico, compuesto por contingentes de diversas provincias, fácilmente reconocibles, entusiasta y militante de un cierto tipo de historia del que se sentían copartícipes, y dispuesto a renovar esos encuentros. Desde la perspectiva de ese público, nacional, especializado y militante en un tipo de historia, las jornadas de octubre en La Plata, en las que fueron actores, parecen haber sido la prolongación de las de abril en Buenos Aires, donde fueron espectadores.

Son ciertamente bases mínimas para la constitución de una identidad entre los historiadores, pero bases al fin. Quizá lo que haga falta para desarrollarlas no sea tanto insistir en los acuerdos como en desarrollar los debates que, en definitiva, son los que alimentan una corriente o una tradición. Debate sobre lo que se está haciendo y también sobre lo que debería hacerse, pues en algún momento y en algún lugar deberá discutirse sobre las prioridades de la investigación. Sobre esto, también, los últimos congresos ofrecieron algunas lecciones. Hubo alguna exhibición de las formas más antiguas y estériles de discutir, en las que las con-

signas políticas solo sirven para cerrar el diálogo, y hubo inicios de discusiones interesantes, para las cuales no se previó el espacio adecuado. Quizá la mejor lección la hayan brindado dos asistentes a las *Jornadas Romero*, Alain Guerreau y Gui Bois, encarnizados polemistas, que no dejaron de discutir acaloradamente en cuanto lugar, público o privado, estuvieron, que no concedieron nada en lo académico pero mantuvieron ese clima de respeto al disenso y al pluralismo, constituyente de una tradición tantas veces abandonada en nuestro país. Creo que es el modelo de la discusión que debemos establecer en los congresos, en las revistas, en la universidad, para construir definitivamente un cierto tipo de historia.

LUIS ALBERTO ROMERO

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

Solicitud de suscripción


Suscripción por el año
Nombre y Apellido
Domicilio
Código y ciudad.....
País Teléfono.....

Adjunto cheque* del Banco.....
Nº por valor de.....

* a la orden de Facultad de Filosofía y Letras

cortar aquí

Precios de la suscripción anual (dos números)

Argentina  560
Países limítrofes US\$ 10.00
América Latina US\$ 12.00
Resto del mundo US\$ 15.00

Toda la correspondencia debe ser dirigida al Secretario de Redacción del Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani", a 25 de Mayo 217, 2º piso, 1002, Capital Federal, Argentina.

Se terminó de imprimir
en el mes de Junio de 1989
en los Talleres Gráficos
CARBET. La Rosa 1080,
Adrogué, Buenos Aires